

EL ECO LITERARIO.

LEGISLACION.

DE LA ABOGACIA.

ARTICULO 1.º

TAN noble como difícil la profesion de la abogacia, requiere para su egercicio eminentes cualidades y conocimientos nada comunes. Cuando con la imaginacion recorremos la vasta esfera que ha de abarcar el abogado nos asustamos, y comparando nuestra pequenez, reconocemos nuestra nulidad para el desempeño de una mision grande; por ello es que siempre que como letrados tenemos que tomar la pluma en el silencio de nuestro bufete, ó dirigir nuestra débil voz á los tribunales, tocamos las dificultades, y temblando y con desconfianza llegan nuestros escritos y nuestra palabra al santuario de la justicia.

Pero si trémulos egercemos nuestra profesion cuando consideramos cuán bello es el encargo que estamos llamados á cumplir, nos enaltecemos por pertenecer á una clase cuyas funciones son tan elevadas, y este envanecimiento nos da brios para seguir caminando por la escabrosa senda trazada por nuestro ministerio.

Defender al pobre huérfano, socorrer al desvalido, presentarse ante el poder social para contener el golpe que amenaza la baja cabeza del procesado haciendo ver su inocencia, endulzar la desgraciada suerte del que en un momento de acaloramiento ó estravío llega á tocar la funesta entrada del crimen; todo esto hace el abogado: campeon infatigable en la desigual lucha de la sociedad contra el hombre atado y oprimido, nunca siente debilitarse sus fuerzas, y al lado del infeliz opreso se abalanza y no cesa de combatir empleando las armas de la retórica y de la lógica, hasta que la justicia vaya á desarmarle.

Mas ¿cómo habrá de llenar su cometido? ¿Podrá hacerlo empleando la mentira, poniendo en uso el engaño? No de seguro. Los medios de que debe valerse han de ser tan nobles como la profesion que egerce. No deben, no, presentar la impostura con la máscara de la verdad, esta ha de estar siempre en su boca sin que la encubra el antifaz de la simulacion. Pero si esto segun entienden les está vedado, pueden utilizar los recursos que en abono de los tratados reos cuasi todas las causas ofrecen con profusion; pueden poner en juego los resortes de su talento, á fin de favorecer en lo posible á su cliente siquier sea criminal, puesto que el criminal al fin es hombre tambien.

Empero si en las causas criminales pueden y aun deben en nuestro

concepto los abogados abrazar la defensa de los encausados siquier sean delinquentes, y si en tales casos no pueden rebajarse por defender á los culpables, y aun se presentan ante nuestros ojos egerciendo una mision sublime; creemos que su obligacion en los negocios civiles les manda apartarse de tomar bajo su direccion la defensa de los que sin derecho, por medio de la astucia ó de la mala fé, pretenden turbar el reposo de una familia intentando arrebatarle parte de sus bienes. El abogado que con conciencia de ello secundase tan villanas miras se degradaria hasta un extremo apenas concebible, y amenguaria su decoro sin rebajar á su clase, porque ésta avergonzada de tener en su seno un miembro tan abyecto, le despreciaria y le escupiria al rostro.

Y mas villano aun si cabe, fuera, si presentándose la ignorancia alucinada á demandar consejos á un abogado, encontrára en sus lábios, en vez de la sencilla franqueza que debe acompañar á todos sus actos, palabras que aumentarán su alucinamiento, y con torpe mano pusiese piedras resbaladizas para hacerle caer y precipitar en un litigio, que tras desembolsos y pesares, viniera por último á mostrar el desengaño al pobre crédulo que fiara en los pèrfidos consejos del indigno abogado, que no quiso anteponer su honra como le era debido á su desmedida ambicion. =
Pedro Isidro Miquel.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

—
AÑO 993.
—

LA GABEZA DE BORRELL SEGUNDO.

Introduccion.

En los tiempos de la creacion dijo el Hacedor supremo: «Sea la luz.» Mil y mil cuerpos luminosos irradiaron sus destellos fúlgidos en el espacio.

Los astros del dia y de la noche se alzaron en el firmamento cuando aun no habia nombre, porque los idiomas de los diferentes pueblos no eran aun.

Como en los tiempos de la creacion el sol llenaba con su resplandor diáfano un cielo sin mancha, el silencio y la soledad eran absolutos como en los tiempos de la creacion.

Pero han trascurrido tantos siglos, han desaparecido tantas edades, que ignoramos la cronología de las generaciones que á la nada descendieron, cuyo polvo es tan igual, como diferentes fueron sus hechos.

La religion del Crucificado brillaba única en España, cuando los hijos del Islam tremolaron los pendones de la media luna.

Rodrigo, enervado por los vicios, embriagado por el placer, tendió su brazo, inclinó su cabeza: el cetro y corona de los godos resbalando de su mano y de sus sienes, perdiéronse junto á las corrientes del Guadalete.

Baldon á los que besan sus hierros y en la esclavitud solo pueden llorar; mas á los que empuñando las armas lidian por la libertad, ora venzan, ora perezcan, ¡lauro á su nombre! ¡honra á sus cenizas!

Hijos de Iberia, si los que en estraño suelo moran se atreven manchar la memoria de vuestros padres, contad hasta ocho siglos de una lucha sin igual, y en ella encontrareis tanta gloria, conoceréis tantos héroes, que todos sus nombres son de imposible recordacion.

Esta es la época de nuestra historia, cuyos recuerdos queremos evocar.

I.

EL CAMPO DE BATALLA.

No perdonó lo hermoso, patria mia,
Cayó el jóven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.

Espronceda.

La naturaleza está dormida: ni el aire, ni las aguas, ni el polvo.... nada se mueve: hasta los hombres descansan.

Dilatada es la llanura en la que algunos árboles se elevan. Mas allá de sus troncos distinguense los muros de una gran ciudad, sobre cuyo fondo tumultuosamente se destacan armas rotas, cabañas incendiadas, grupos de cadáveres....

Todo cuanto en este campo aparece está sin movimiento. El aire, las aguas, el polvo, la ciudad, los árboles, todo reposa: hasta los hombres duermen, pero su sueño es eterno.

Las heridas de tantos difuntos manan copiosa sangre, que bajo la influencia del sol elévase vaporizada por la atmósfera, cual la sangre de Abél se alzó al Señor pidiendo venganza.

Cain luchó uno á uno, hubo un fratricidio y una maldicion.... ahora que se arrojan mil contra mil, son muchos los crímenes, ¿cuántos serán los anatemas?

Solamente un hijo del Yemen es osado á turbar esta paz general.

El árabe lánzase veloz en medio de tanta devastacion galopando en su corcel, que ya salva los obstáculos hallados en su carrera, ya aplasta con su casco el cráneo de un guerrero manchándose con los sesos y la sangre.

Por do quier tiende su vista el sarraceno para evitar una sorpresa, y su mano derecha empuña una lanza levantada horizontalmente á la altura de la cabeza.

De repente resbala y cae el caballo, arrojando su jinete junto al cuerpo de un cristiano.

Para levantarse apoya el agareno su mano sobre el pecho del cadáver, y sus dedos tocan un medallon. Lo levanta y lo mira. Es el retrato de una jóven muy hermosa.

Pobre nazareno (esclama el árabe), cerraste los ojos en las arenas de tu patria. Tu madre, tímida gazela, esperará en vano abrazar á su hijo, porque la guerra mas fiera que el chacal lo ha devorado.

Y tú, hurí divina, has perdido cuanto amabas. Como el peregrino en

el desierto estarás sedienta anhelando una consolacion en tu dolor, pero tus lágrimas no apagarán esta sed, pues serán por desgracia muy amargas.

Entrega á las llamas el tálamo nupcial: para un cadáver sobra con un féretro.

El infiel continúa mirando el retrato de la que juzgára esposa del guerrero. Súbitamente lo estrecha con frenesí contra su pecho, y fija sus ojos al cielo con la mirada de un árabe esclamando:

¡Eres hermosa! y si perdiste un esposo, yo te ofrezco corazon por corazon; un corazon de fuego cual la sustancia de los génios.... porque.... ¡te amo!

Si tu belleza se pierde entre soldados descreidos, yo llegaré hasta tí. Si necesario es arrancaré la cruz y la media luna para fundar un imperio nuevo, á tanta altura elevándote, que únicamente las águilas podrán mirarte, pues solo ellas mirar pueden al sol.

Es tanto su enagenamiento, que el medallon resbalando de sus manos cae junto á la cara del que finó. Precipitase á recobrarlo, pero aparta repentinamente su ardorosa mano.

Sobre aquella mano que abrasaba, habia caido el frio aliento del caballero; tan frio como los mármoles de las tumbas.

Es terrible el paralelo de un hombre lleno de vida y de fuego, con un cadáver pálido y sin color. El árabe tembló.

Al primer impulso coje el puñal para acabar con su enemigo, pero al instante lo arroja. No, no, (esclama) su mano está enervada, no le es dado empuñar la espada, yo le daré salvacion.

Arrodillase junto al cuerpo del caballero exámine por la falta de sangre, venda sus heridas que no són de gravedad, lo coje en sus brazos, y lanzándose sobre el corcel, desaparece entre una atmósfera de polvo.

El sol desde su ocaso enrojece con macilentos rayos el lugar en donde la batalla fue. El aire, las aguas, el polvo, la ciudad.... todo reposa: hasta los hombres duermen, pero su sueño es la muerte.

(Se continuará.)

POESIAS.

PARÁBOLA.

LA ROSA DE MUSGO.

Para evitar el sol que despedia
Sobre el campo sus vivos resplandores,
De primavera en apacible dia
El serafin custodio de las flores
Debajo de un rosal en paz dormia.

Cuando su brillo pierden las estrellas
Y con aurora el cielo se arrebola,
Este ángel, para hacer sus hijas bellas,

Cual si vertiera lágrimas en ellas
El rocío derrama en su corola.
Busque entre la flor, pues, sombra y frescura
Quien su cáliz bañó con el rocío,
Quien al mirar tan bella criatura
Esclamar puede: «Toda su hermosura,
Sus frutos y fragancia, todo es mio.»
Como el sol poco á poco se fue alzando,
Poco á poco la sombra fue muriendo;
So las rosas el ángel despertando,
Su esbeltez y modestia contemplando
Cariñoso preguntales sonriendo.

Angel.... Flor emanada del cielo,
Flor que mi sueño recreas,
Flor que me diste consuelo,
Si tienes algun deseo,
Dime, rosa, ¿qué deseas?

Espíritu de la rosa.... Pues consultas,

Angel mio,
Mi albedrío
Con amor,
Dé á mis formas
Con presteza
Mas belleza
Tu favor.

El ángel circundó toda la rosa
Con el humilde musgo simplemente,
Y desde entonces fue la mas hermosa.
No juzgueis, niñas, no, que mas aumente
Vuestra belleza gala muy costosa,
Fijad estas palabras en la mente:
*Para que la hermosura adquiera brillo
Es el mejor adorno el mas sencillo.*

M. de Castells.

(Traducido libremente.)

ECOS DEL CORAZON.

No sigas, corazon; huye la via
Que marca aleve esplendorosa estrella,
Hasta abismarte so la losa impia
Que solo el bardo cantará por bella.
¡Gemir! ¡siempre gemir! ¿no será un dia
Que á impulsos del valor que en tí destella
Lanzas el vuelo á do la dicha esconde
Tu informe porvenir, vuela, sí....--¿á dónde?

Regiones hay donde aromosas flores
Por siempre inmarcesibles y anheladas
Prestan cuna á fantásticos amores
Trasformados en ángeles y en hadas;
Si de armónicos juegos brilladores
Son los ecos sonrisas perfumadas,
¿A quién debe feliz humano ingenio
Este mundo ideal, á quién?—*al génio.*

¡Grande es el génio! á su poder divino
Pueblos y hermosas rendirán grandeza;
Siguele audaz que en su eterno camino
Quien no mira muy alto, allí tropieza;
Mas ¡ah! si al fuego que en tu fé adivino
Osas alzar un templo de belleza,
¿Quién librate podrá de ese marasmo
En que yaces aun vil?—*el entusiasmo.*

¡Entusiasmo! palabra generosa
Que al corazon sacude allá en su asiento
Para volar con él esplendorosa
Al último confin que alcanza el viento!
¡Entusiasmo! ¡oh! idea mas hermosa
Que de vírgen orando amante acento,
Ya el corazon que en tu destino fia
Pinta en latidos tu existencia--*quia.*

¡Bien, corazon! fantástica creencia
Podrá el vulgo llamar la fé que nombras
Del alma terrenal omnipotencia,
Vida en la muerte, luz entre las sombras;
Mas si al gozarte grande en tu conciencia
Del torpe vulgo con pesar te asombras,
¿A do le guiarás con tu osadia?
--*A donde al génio el entusiasmo quia.*

C. Pascual y Genís.

PARA MI AMIGO QUERIDO D. F. V.

DOLORA.

REQUIESCAT IN PACE AMEN.

«Lo que fue no tornará,
Ni es dado retroceder.»

—¡Ay paloma! ¿y nuestra historia
Se ha borrado de tu mente?
—No tengo fiel la memoria,
¿De qué me hablas?—*Imprudente,*

Así ultrajas tu pureza,
Y de tu amor....—Nada pierdo....
E ignoro....—Pues con franqueza,
Para un olvido un recuerdo.
—Ya no existe nuestro amor.
—Que no existe está muy bien,
No me causa gran dolor,
Requiescat in pace amen.

El día de los difuntos,
Nos vimos por un misterio,
Que yo no adivino, juntos....
—¿En dónde?—En el cementerio.
—¿Y qué?—Nada, allí se encierra
Lo que fue, cual prenda vana,
Que en siete palmos de tierra
Cabe la pompa mundana;
Allí juntos nos veremos,
Cuando los años nos den....
—¡Olvidal!—sin que escuchemos;
Requiescat in pace amen.

—¡Juntos!—Si, preciosa Elvira.
—Y nuestro amor al partir....
—Allí estará sin mentira
Pues que dejó de existir:
Allí está sin atavío,
Perdido y sin ansias vivas:
¿Le pusiste tú, bien mio,
Corona de siempre vivas?
—¡Allí estará!—eternamente
Allí en su cumplido Eden,
¿No le dijiste, inclemente
Requiescat in pace amen?

--¡Ay hermosa! ¡cuán nocivos....
--Calla no mas....--dura suerte
Gozar ilusion los vivos
En la mansion de la muerte.
--Pensar en si se ha querido
No es por ventura muy cuerdo,
«Que vale mucho un olvido,
--Mucho mas vale un recuerdo.»
Así es el mundo.... mentira
Risueña á los que no ven....
--¿Y el amor?--déjalo Elvira
Requiescant in pace amen.

Si en sublime inspiracion
No dura el recuerdo un año;

¿Amor, qué dá al corazon?
¡La nieve del desengaño!
Ilusion ¡ay! que maldita
Del alma seca el encanto,
Y que el corazon marchita,
Y que dá á los ojos llanto.
Triste ilusion de ilusiones
Velada con el desden,
¡Ah! dejemos de visiones
Requiescat in pace amen.

¿Qué conservas del pasado?
¡Nada! porque nada siente
Tu corazon estasiado
Con lo que ofrece el presente:
¡Tambien el presente pasa,
Cual flor que deshoja el viento,
Luz que ha de brillar escasa
Al trascurso de un momento!
Adios, prenda, olvida á fé,
Que yo olvidaré tambien
Diciendo por lo que fué
Requiescat in pace amen.

Francisco de Paula Gras.

POLIORAMA.

Entre los espectáculos de mejor gusto en nuestra culta capital, puede contarse sin disputa el poliorama que se ofrece al público en el salon denominado de Mencheta: una esposicion variada de paisages sorprendentes, de edificios, plazas y templos mas notables del mundo; hé aquí lo que puede ver el curioso en cortos momentos y con la satisfaccion mas cumplida. Al concurrir nosotros á una de las funciones egecutadas, llegamos á sentir esa complacencia que se experimenta cuando la fantasia se halla conmovida por lo maravilloso; y podemos manifestar que nuestras prevenciones quedaron allanadas por el mérito del espectáculo, que en mas de una ocasion hace prorrumpir en aplausos á los concurrentes.

Una de las vistas mas preciosas, y que causa mayor admiracion, es la del canal de Venecia, de esa encantadora ciudad, foco de tantas inspiraciones; su canal, pues, se presenta de una manera bellisima, con los reflejos de la luna sobre las aguas, con los edificios que le ciñen magestuosamente para completar un cuadro en que la naturaleza prodigó tanta hermosura; esto solo en fin puede esplicarse con verlo.

El panteon de la familia de Orleans, la torre de Lóndres, las ruinas de Siria y otras muchas vistas son admirables; pero lo que produce un efecto mágico es en verdad el círculo de luces variantes llamado *chromotrop*, con su resplandor de mil colores y las combinaciones brillantes de su luz: una

idea muy estensa debiéramos dar de este espectáculo si nos prometiéramos describirle; por ello tan solo nos remitimos á recomendarlo al ilustrado público, seguros de no haber incurrido en exageración por el reconocimiento que dispensamos al verdadero mérito.

A continuacion comenzamos á insertar la novela original de nuestro amigo y colaborador D. Joaquin Pardo de la Casta, titulada *Felipe Luchex*: la circunstancia de contarse el autor de la novela entre el número de los redactores del *Eco literario*, nos impide todo género de elogios que fueran sin duda merecidos, y que nos prometemos de nuestros suscritores cuando lean parte de la obrita enunciada, para conocer el interés que inspira la misma desde sus primeros capítulos.

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquin Pardo de la Casta.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

De como muchas veces los hijos ahorran á los padres el trabajo de elegirles esposas.

Felipe de Luchex tenia solo veinte años, y era ya conocido en París por su elegancia, por su hermosura y por su valor, justificado en dos duelos de los que habia salido vencedor. Su padre, antiguo general de Francisco I, habia recibido en Italia el título de conde en premio de sus largos servicios. La amistad que le unia con el marqués de Hervilliers, y la circunstancia de tener éste dos hijas, de las cuales la una era poseedora de cuantiosos bienes que una tia suya le habia dejado al tomar el velo en un convento, obligó al anciano conde á que pidiese á su amigo la mano de esta última para su hijo Felipe. El marqués apoyó la proposicion, y se acordó que dentro de un mes se celebraría el matrimonio, convirtiéndose de este modo los lazos de amistad que unia á las familias en lazos de parentesco.

Los ancianos se habian olvidado cabalmente de lo que mas presente debian haber tenido, es decir, de consultar el corazon de los que debian unirse para siempre; pero los padres se olvidan de que han sido jóvenes, y no se cuidan las mas veces de este requisito tan necesario en asuntos de amor. Berta, tal era el nombre de la novia, podia muy bien decirse de ella que era una jóven de angelical corazon, nacida mas para vivir en el

silencio del claustro, como la tia á quien habia heredado, que no para lanzarse en el torbellino del mundo en compañía de un hombre cuyas calaveradas corrian de boca en boca por Paris. Berta además no era hermosa, y hé aquí la principal causa porque Felipe jamás la amó. Su hermana Margarita era por el contrario amiga de los placeres, y no pensaba en otra cosa que en engalanarse con los mas elegantes tocados, para de ese modo descollar entre sus amigas, no solo por su hermosura, que no admitia rivalidad, sino tambien por su elegancia y buen gusto. Felipe, cuyo carácter intrépido y cuyo orgullo jamás abatido le hacia emprender todo lo que al parecer presentaba dificultades, se imaginó que la conquista de Margarita iba á ser su mas completa victoria; pues que esta jóven altiva se habia hecho célebre en Paris por haber despreciado á dos encopetados señores que la pidieron por esposa, sin contar los numerosos caballeros no tan conocidos que lloraban en silencio el desprecio con que los habia mirado aquella orgullosa jóven, que habia salido al mundo bajo los mas brillantes auspicios.

Felipe, pues, á la vista de todos estos atractivos, lejos de seguir tributando sus obsequios á la que debia ser su esposa, comenzó á seguir por todas partes á Margarita, y ésta, que ya habia oido hablar del valor del jóven y de sus desafios, comenzó á su vez á distinguirle entre sus adoradores. Berta entretanto permanecia indiferente, y jamás salió de sus lábios una palabra de reconvenccion contra Felipe ni contra su hermana, que de cada dia parecia empeñarse mas en disputarle al que debia dentro de breves dias ser su esposo.

Los ancianos padres permanecian indiferentes á todo ocupados en los preparativos de la boda; mas como Felipe jamás hablaba de Berta, el viejo conde de Luchex llegó á sospechar si el amor de su hijo hácia su prometida habria sufrido alguna alteracion. Un dia, pues, haciéndole entrar en su aposento, le dijo:

—Muy extraño me es, querido Felipe, que no me hables de tu próxima boda.

—¡Oh! padre, si me fuese permitido decir lo que siento!

El conde quedó admirado al reparar que su hijo bajaba los ojos á tierra como confundido.

—¿Qué tienes que decir? preguntó el anciano.

—Padre, añadió Felipe, yo no amo á Berta.

—Y bien, ¿qué importa eso? dijo el conde tranquilamente.

—Berta no será feliz á mi lado.

—¿Por qué?

—Ya lo he dicho, porque no la amo.

—Yo, dijo el conde, tampoco amaba á tu madre cuando me casé con ella, y sin embargo ha sido feliz.

—Es que yo no solo no amo á Berta.

—Qué mas....

—La aborrezco.

—Felipe, eres un niño, y tu determinacion de no querer casarte con la muger que tu padre te propone puede serte funesta. Piensa bien lo que haces. Adios.

El conde iba á retirarse cuando fue detenido por su hijo que le dijo con voz temblorosa.

—Padre, yo amo á Margarita, ella me ama tambien, y si vos y su padre quereis podreis hacernos muy dichosos.

—¿Y Berta?

—Berta seguirá á su tía al convento, ella lo desea, y será allí mas feliz que en el bullicio del mundo, Margarita heredará sus rentas y entonces...

—Felipe, cuando entre las dos hermanas elegí á Berta para esposa del que habia de llevar mi apellido, el apellido de Luchex, no creas que me movió á ello el vil interés, no; fue porque tenia una conviccion de que al lado de Berta podrias ser feliz, mientras que temo mucho que al lado de Margarita llegues algun dia á maldecir tu vida.

—Vos no conoceis á Margarita.

—La conozco mucho, y por eso no quisiera fueses su esposo.

—¡Padre!

—Reflexiónalo bien, hijo, y ten entendido que el conde de Luchex es el que mas interés tiene en hacerte feliz.

El conde se fue y dejó á su hijo anonadado y confundido.

CAPITULO II.

Felipe de Luchex va al baile y habla con su amada.

Media hora despues un criado vino á anunciarle que era hora de ir al baile que se daba aquella noche en casa del Mariscal de Vielleville.

Felipe levantó su cabeza que hasta entonces la habia tenido descansando sobre sus manos, y al ver el criado la horrible palidez que cubria el rostro de su señor, no pudo menos de esclamar:

—¿Estais enfermo?

—No.

—En vano quereis ocultarlo.

—Silencio.

El criado que sin duda conocia demasiado á su jóven señor, pensó que replicar hubiera sido esponerse á recibir algo mas que agrias palabras.

Felipe se levantó de la silla, se fue frente á un espejo veneciano, al pie del cual habia una mesa llena de esencias y de enseres de tocador.

—¡Oh! en efecto estoy muy pálido. Voy á llamar la atencion en el baile, pero no obstante es preciso ir: Margarita estará allí, y si yo no voy, puede algun otro sacarla á bailar, puede tocar su mano. Iré, si, iré, y diciendo esto pasaba un finísimo peine por su larga cabellera negra, cuyos rizos caian por ambos lados de su semblante.

El criado permanecia en pie sin atreverse á respirar. De repente vió que su señor volvia la cabeza como para buscarle, y preguntó:

--¿Qué os falta?

--Mi espada y mi sombrero.

El criado volvió con ambas cosas, las cuales ocuparon sus puestos sobre la cabeza y en la cintura.

El criado se cuadró en medio del aposento esperando órdenes.

Felipe se miró por última vez al espejo y se salió del salon diciendo á su criado.

--Decid al conde que estoy dispuesto.

Poco despues padre é hijo cruzaban silenciosamente las calles de París

en uno de aquellos coches cuya solidéz desafiaba la mano destructora del tiempo.

Cuando llegaron á la casa del mariscal de Vielleville la hallaron ocupada por todas partes, los patios se veian llenos de criados y de carruages, y los salones poblados por todo lo mas selecto de la aristocracia francesa.

Padre é hijo se separaron en el primer salon. Felipe aprovechó una ocasion en que la mariscala de Vielleville pasaba por su lado y la ofreció su mano para acompañarla á dar algunas disposiciones, de este modo se libertó de su padre, cuya presencia le causaba sumo embarazo é incomodidad. Concluido que hubo la dama de dar órdenes á sus criados, fue acompañada por el jóven hasta el salon en donde se hallaban las señoras de edad, interin que sus hijas y sobrinas conversaban en el salon inmediato con sus amantes ó con sus conocidos.

Figuráos cual seria el asombro de Felipe al ver á su amada Margarita que se hallaba sentada en un rincon al lado de una vieja vizcondesa, la cual si de aquel modo hubiese querido probar que todos los jóvenes que habia en los salones le eran indiferentes, y que no estando Felipe no queria permanecer en ellos.

No hay cosa que mas lisongera sea á un enamorado que estos pequeños sacrificios que suele hacer el bello sexo en obsequio del amor. Sacrificios que nosotros grabamos en el corazon, y cuyo recuerdo nos hace sonreir. Felipe hubiera querido en aquel momento poder echarse á los pies de Margarita para besar la orla de su vestido; y hubiera hecho mas, si en aquel momento un hombre se hubiese atrevido á tocar un pleque de su ropa ó un cabello de su cabeza indudablemente le habria muerto. Tal fue el placer pues que invadió el corazon de Felipe, que cuando se acercó al lado de su amada, tartamudeó estas palabras:

--¡Margarita! ¡Margarita! cuán buena sois.

La jóven bajó los ojos á tierra y nada contestó.

--Felipe, dijo despues, tengo graves cosas que deciros.

En esto la vizcondesa se levantó de la silla para ir á recibir á una jóven que acababa de entrar y con la cual se salió de allí.

Felipe ocupó el asiento de la que acababa de marcharse.

--¡Margarita! ¡Margarita! no sois vos sola la que tiene cosas de importancia que decir.

--¿Vos tambien?

--Sí, pero hablad primero.

--Felipe, mi padre quiere que sea esposa del duque de Marancy.

--¿De ese viejo sesenton?

--Sí, de ese viejo que me persigue incesantemente con su amor, y cuyo título y cuyas riquezas han decidido á mi padre á que sea su esposa.

--Eso es una venta infame.

--Pero que no podremos evitar.

Felipe guardó silencio; él que se creía que iba á asustar á su amada cuando le dijese la determinacion de su padre respecto del casamiento con ella, era á su vez espantado y confundido oyendo una noticia, de la que estaba su pensamiento muy lejos; Felipe, que era hombre de los que no acostumbran meditar mas de dos minutos sobre lo mas grave que se les puede ocurrir en la vida, exclamó de repente:

--Margarita, necesito antes de todo saber hasta que punto me amáis.

--¡Oh! hasta lo infinito.

--No es eso lo que yo deseo saber, sino los sacrificios que os halláis dispuesta á hacer por ese amor.

--A todo me hallo dispuesta.

--Veamos: Si mañana me vieses convertido en un mendigo de los que piden limosna á la puerta de Nuestra Señora, ¿seguiriais amándome?

--Sí.

--Si me vieses ciego y mudo, privado de la vista y de la palabra, ¿me amaríais así?

--Sí.

--Y si mi espada, que hasta ahora ha triunfado de todas las demás sirviese para asesinar á uno; si el público me señalase al pasar con el dedo, diciendo: «Por ahí va el asesino:» ¿me amaríais?

--Sí.

--Y si me vieses subir á un cadalso ¿te dignarías compadecerme y perdonarme?

--¡Oh! entonces rogaría al verdugo que cortase tambien mi cabeza, y si no sabría matarme yo misma.

--Bien: de ese modo espero que aun podremos ser felices, contestó Felipe.

--Silencio, exclamó Margarita, Berta se aproxima.

Con efecto, en aquel momento se vió entrar y acercarse á los amantes la interesante Berta, la cual se puso colorada al reparar en ellos. Se paró, como intentando retroceder, pero despues pensó sin duda que esto no era prudente y se acercó á ocupar un asiento al lado de su hermana, con quien comenzó á hablar y en cuya conversacion mezclaba Felipe algunas palabras.

(Se continuará.)

MODAS.

París 20 de Noviembre de 1848.

Querida Clementina: Pocas son las novedades que puedo participarte desde mi última en punto al negocio mas vital que suele agitar á los círculos del buen tono: el invierno, lúgubre como los pensamientos de un romántico, y frio como las declaraciones de un hombre de bien, ha marchitado nuestra imaginacion inventiva con la misma facilidad que las margaritas y las *dalias* de nuestros *parterres*. Pero ¿qué? no creas por eso que en un pais donde las formas ceden su puesto á las reformas tan dócilmente, hemos abdicado nuestra voluble originalidad, tan difícil de fijar, como el vuelo de la mariposa. Los sombreros y las capotas han sufrido sus trasformaciones, lo mismo que las sufren todos los dias los corazones de nuestros idolillos de barro y sarcasmo. Pero no; dejemos á

nuestros elegantes en plena posesion de sus *modas* de obrar, que nosotras aprenderemos con el tiempo á tomarnos la revancha. Como te decia, pues, ni los hombres ni nuestros sombreros pueden ostentar la novedad de una reforma radical ¡cosas de este pais! los detalles, quiero decir, las alas de los sombreros se quieren mas abiertas é inclinadas hácia abajo, de suerte que vengan á unirse debajo de la barbilla por medio de un lazo muy sencillo; en cuanto á los adornos y colores reina la mayor libertad, si bien se prefieren los ramilletes de plumas ligeras y pequeñas, como simbolo del amor al orden del dia. Las *capotas* de mañana, un poco grandes y de alas algo cerradas, son tan sumamente sencillas, que casi no se desfigurán con el menor adorno; los colores que mas he visto en boga son el azul de Francia, de violeta, ó el color de ceniza, pero el velo negro es siempre de rigor en esta especie de sombreros. Las capas *castellanas* y *andaluzas*, á las que por ahí llamareis *visitas*, son de muy buen tono, y sobre todo muy *confortables* ademas de lo *fashionables*, como diria un inglés. De raso, ó guarnecidas al menos con un ancho galon *satinado*, son las mas elegantes. Las capas *andaluzas* con dos *pelerinas* se guarnecen por lo regular con dos franjas que producen un efecto encantador. La variedad en esta parte de nuestro trage es tan recomendable como en el amor. La *capa-chal* de casimir negro con el adorno de tres franjas, ó bien galones de seda de color que case con el fondo, y cerrada sobre el pecho con cierta especie de grapas pequeñas y redondeadas; el cuello redondo sin mangas y sin cuellecito, á propósito para adornarse con ricas pieles, y en fin, los *casavekas* de terciopelo de todos los matices, brindan con sus graciosas y variadas formas á todos los gustos y condiciones femeninas. Sobre todo te recomiendo las capas *castellanas* ó las *andaluzas*, siquier no sea mas que por tener algo de español. Los vestidos se llevan ó bastante escotados por delante, rematando en un gracioso *canesú* de encage negro, ó bien altos pero muy abiertos por el pecho; los vestidos de *demi-toilette* ó de medio vestir, se usan del todo altos y cerrados á la *puritana*. Quisiera escribirte sobre los trages de niños, pero seria una impertinencia, mucho mas cuando advierto que voy haciéndome mas pesada de lo que permite una carta.

Dispensa el que te haya escrito en tres idiomas, cuando apenas poseo bien ninguno de ellos, pero como de otro modo quizá no me entenderias, he usado el language de la moda, caprichosa y singular hasta en su idioma. Ademas ¿qué dirian vuestros elegantes de ambos sexos si por desgracia de Castilla vieses toda una carta escrita en castellano?

No seas maliciosa. Adios. Tuya como siempre

Adelaida de S. Víctor.

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

Concierto de flauta por el Sr. Gastaldi. — Beneficio del Sr. Tormo. — Attila.

Siempre que contemplamos el horizonte teatral sereno y despejado, sin esos celages inofensivos de fracciones, rivalidades y emulacion que dramatizan, digámoslo así, la vida del público espectador, auguramos mala fortuna á las empresas. El espíritu de discusion y de bandería parece tan encarnado en el carácter general de nuestra época, que sin el concurso de la animacion producida por la contrariedad de pareceres, los triunfos preparados, las coronas prodigadas, y todo el tren forzoso de los partidos de bastidor, la vida del teatro casi viene á ser no mas, apropiándonos la espresion de Figaro, que un movimiento galvánico comunicado á un cadáver. Efectivamente, desde las escisiones entre los *verdes* y los *azules* del teatro bizantino, hasta los acalorados debates que todos hemos presenciado en el nuestro ¡qué cúmulo de divertidos incidentes, qué chismografía, qué animacion! Hoy dia ninguno dudará un momento en decidirse entre las Sras. Valero y Rimbau, y entre las *primas donnas* Cattinari y Tamburini; pero el coliseo en cámbio presenta los sintomas de la inanicion. ¿De dónde nos vendrá un buen galvanizador?

Si se nos perdonan las inocentes comparaciones á que involuntariamente nos ha conducido el sentimiento de no poder resucitar el entusiasmo por los espectáculos dramáticos en esta culta capital, cumpliremos el triste deber de participar á nuestros bondadosos lectores, el pobre éxito que obtuvo el Sr. Gastaldi en su concierto del viernes último. Los melodiosos ecos de la flauta del artista parecian que iban á perderse en los hielos de la Siberia, en términos que solo un raquítico aplauso premió escasamente una habilidad digna de mejor suerte. No por ello creemos que el Sr. Gastaldi posea todas las condiciones exigibles para poder presentarse como una notabilidad filarmónica, pero su egecucion no carece de gusto y afinacion, circunstancias de suyo muy recomendables, tratándose de un instrumento tan árido y difícil de tocar como la flauta. En compensacion el Sr. del Rio agradó como un verdadero *Juan de las Viñas* en la pieza dramática que lleva este título; si bien no podemos ocultar que el Sr. Orgáz y su hija, lo mismo que los Sres. Ibañez y Comerma, secundaron con acierto la representacion de aquel escéntrico personage.

A beneficio del Sr. Tormo se ha puesto en escena el *acreditado* drama de espectáculo, titulado *El ingeniero ó la deuda de honor*, produccion saporifera que ha pasado sin ser silbada ni aplaudida, gracias á una decoracion ó dos, nada notables. En este género de composiciones es muy difícil que el actor pueda sobrellevar la pesadéz de su papel, sin que el público llegue á tomar parte en la fatiga y desaliento que aquel suele demostrar; motivo bastante á hacernos desistir de juzgar concienzudamente el mediano desempeño de tal pieza.

Esperamos aplaudir dentro de algunos días el hermoso drama, original de D. Ceferino Suarez Bravo, titulado *¡Es un ángel!* Un argumento interesante, situaciones de efecto, contrastes muy nuevos y una versificación bastante fluida, recomiendan esta composición como una de las mejores de esta temporada. El tormento de los celos concentrados en el foco del hogar doméstico, presta al autor un vasto palenque, donde puede decirse que ha vencido con gloria algunas de las notables dificultades del asunto. Parece asimismo, que el beneficiado Sr. Font está disponiendo nuevos y vistosos bailes para el mismo día en que se egecute aquella composición.

¡Attila! sí, dos veces *Attila*; este ha sido el plato de deleite que debemos por esta semana á la compañía lírica. Agradecemos en nombre del público al Sr. Castells, la amabilidad con que ha apreciado nuestras modestas observaciones, porque en verdad juzgamos difícil que pueda darse mas corrección y colorido, que los aplaudidos justamente por una escogida concurrencia en la profunda egecucion de la cavatina *ella in poter del barbaro*. Escusado parece añadir que el público, sinceramente entusiasmado, obtuvo la repetición del *allegro* del duo de tenor y tiple.

En obsequio del Sr. Segarra debemos indicar sin ninguna pretension pedagógica, que si desea corregirse completamente en punto á la propiedad mimica, procure no accionar con estremada celeridad, á no ser en pasages de violenta pasión, no olvidando, sino en raras situaciones, aquella regla tan sabida que prohíbe levantar los brazos hasta mas arriba de la cabeza. Por lo que hace al canto de las partes *Attila* y *Ezio*, el silencio y la indiferencia del público demuestran bien significativamente la exactitud de nuestras anteriores indicaciones: Verdi y Gironella; la brillantez y la oscuridad. *Voilà tout*, diria *l'esprit* francés.

La cuestion del arriendo de nuestro coliseo preocupa ya á los calculistas, ¿qué será? ¿qué no será? Nosotros que desinteresadamente hemos consagrado nuestras débiles fuerzas á la tutela de los derechos del público, aguardaremos por ahora el resultado, que el tiempo es un gran personaje, como dice Rubí. Probablemente no nos faltará ocasion de tratar con detenimiento sobre los medios mas adecuados á nuestro humilde entender, para conciliar los encontrados intereses que respectivamente representan en estos cálculos la especulación mercantil y la literatura dramática.

ADVERTENCIA INTERESANTE.

Con motivo de ser bastante crecido el número de ejemplares que han de tirarse del retrato del señor Guerra, ha tenido que diferirse la repartición ofrecida á nuestros suscritores hasta mediados del actual.